

conocer el derecho de atacar á la sociedad por el solo cimientto que la sostiene, por el solo baluarte que la protege, en su título capital á nuestra sumision. Vos mismo lo habeis dicho: "Desde el momento en que el hombre deja de creer en el órden sobrenatural y de vivir bajo la influencia de esta creencia, al punto entra el desórden en el hombre y en las sociedades de los hombres Allí donde la fé en el órden sobrenatural deja de existir, las bases del órden social y moral se quebrantan profundamente y de mas en mas, como que el hombre ha cesado de vivir en presencia del solo poder que pueda á un tiempo satisfacerlo y arreglarlo."

Estas palabras de Mr. Guizot nos desarman, y nos hacen ver que con un espíritu tan elevado y honrado, se está siempre seguro de hallar recursos en sí contra sí mismo.

Estamos de acuerdo con Mr. Guizot, y solo falta que se ponga él de acuerdo consigo mismo. Si para conseguir esto bastara su talento, sin la verdad, gozaria de un privilegio único entre los talentos. Pero no hay nada de eso: Dios mismo está obligado á tener razon. Mr. Guizot está tan obligado como Dios, y como la mas humilde de las inteligencias. ¡Que tome, pues, su partido, el partido de la razon, de la verdad, de la fé, de la unidad católica!



LIBRO PRIMERO.

Del Protestantismo en su relacion con el Socialismo por el Naturalismo.

CAPITULO PRIMERO.

FISIOLOGIA DE LA IGLESIA CATOLICA.

Para bien comprender la enfermedad, preciso es conocer ya la relacion y el juego de los órganos en estado de salud.

Parécenos que á la apreciacion del Protestantismo debe preceder útilmente una apreciacion fisiológica de la Iglesia.

Vamos á consagrarle este primer capítulo.

Entre los errores que desde hace tres siglos descartian al mundo, el mas falso y desastroso es el de considerar la libertad en razon contraria de la autoridad.

Siendo la libertad el movimiento de la misma vida del hombre, y por decirlo así la llama de su sér, debia,

á consecuencia de aquel error, hacer un continuo esfuerzo contra la autoridad, y acabar por destruirla en todo.

Debia destruirse á sí propia en la misma proporción, destruyendo la autoridad que le asegura el objeto de su ejercicio.

Finalmente, ese conflicto de la libertad contra la autoridad y contra sí misma debia producir la discordia y la disolucion de todos los elementos cuya union constituye la sociedad de los hombres.

Revolucion, tiranía, anarquía social, tal debia ser y ha sido el resultado de ese fatal descarrío.

La disposicion á ese error se halla en la parte mala de nuestra naturaleza; pero lo que le ha dado un poder espantoso, es que, por la primera vez en el mundo, el *Protestantismo* lo ha erigido en principio, en doctrina, en religion.

La libertad de exámen, que es lo peculiar del Protestantismo, está en razon inversa y esclusiva de la autoridad; siendo en esto idéntica á la libertad de pensar del filósofo, sea deista ó ateo, y no habiendo entre ellos mas diferencia que la del grado. En cuanto al principio, es lo mismo; porque no siendo la autoridad del Evangelio mas que una cubierta elástica susceptible de todos los desenvolvimientos, desvíos y excesos de la interpretacion individual, toma tantas formas cuantos espíritus hay y extravagancias en los espíritus, hasta no llegar á ser mas que la libertad de pensar por sí misma, bajo la máscara flexible del Evangelio, y difiriendo solo muchas veces de la del filósofo por la profanacion de ese testamento divino.

La libertad, en el Catolicismo, se esplica de muy diferente modo: se agita en el círculo perfectamente definido, preciso é inviolablemente determinado del símbolo católico, y, fuera de este símbolo, en el campo de las

opiniones, mientras no le son contrarias y convergen al rededor de él. En el centro de este sistema vive, habla y vigila la autoridad; y lejos de llevar por el sentido privado, lo atrae á sí; de tal modo que si se le separa lo mas mínimo ella lo advierte; si se obstina, lo estrecha; y al mismo tiempo atiende á la controversia de opiniones, como una madre al juego de sus niños, á quienes concilia y une, hasta en sus riñas, por el ascendiente de su autoridad y la efusion de su ternura.

Lo maravilloso de este sistema, sobre el que debemos concentrar nuestra observacion, es que las cosas que en todo lo demas solo subsisten por su oposicion, cuando se limitan y miden por un celoso y móvil antagonismo que las tiene en cuestion perpetua, que las ciñe recíprocamente, y solo dá satisfaccion á la una en mengua de la otra, entonces se armonizan, se desarrollan y vivifican en razon de lo que en lo demas hace esta oposicion.

Así,—en el círculo de la fé católica la autoridad aprovecha á la libertad;—en el campo de las opiniones que se estiende fuera de este círculo, la libertad aprovecha á la autoridad;—y en el juego total de esta doble esfera, esas armoniosas relaciones de la autoridad y de la libertad aprovechan á la caridad, la que á su turno les aprovecha.

1.º —Digo desde luego que en el círculo católico, la autoridad aprovecha á la libertad.

Nada mas paradójico, si se consulta el pervertido modo de ver del Protestantismo; y sin embargo, nada es mas sencillo, ni mas claro á los ojos del recto buen sentido.

El ejercicio de la libertad supone un objeto, una materia para este ejercicio. La libertad de comer y alimentarse concedida á un hombre á quien no se diese alimento alguno, á quien hiciesen sentarse á una mesa vacía, seria vana é irrisoria: supondria el derecho sin el poder. Lo mismo sucedería con la libertad de la inteligencia

sin la verdad que la nutre, y sin la autoridad que se la trae y se la presenta. La naturaleza proporciona á la inteligencia del hombre un alimento de investigaciones; porque hallándose frente á él, se mantiene soberanamente distinta é independiente de él, sin que él pueda desnaturalizar, ni siquiera poner en duda la existencia de ella y los hechos que la componen. Tiene ella para sí la *autoridad* del hecho; de cuyo hecho se pueden estudiar las leyes, tratar de comprenderlo; pero no cambiarlo, sino que es menester aceptarlo conforme es; y es tanto mejor penetrar sus misterios y descubrir sus leyes, cuanto que se empieza desde luego por aceptarlo, y se nos muestra mas determinado, mas fijo, mas al alcance de nuestra observacion, merced á esa aceptacion. De ahí viene que la base de las ciencias naturales sea la observacion; la cual debe serlo con razon mas fundada de la ciencia sobrenatural. Es necesario para penetrar en ella, para en ella ejercer la actividad de nuestra inteligencia, que los hechos, que los artículos de esta ciencia se ofrezcan á nuestra observacion de un modo no menos inmutable, preciso y definido; mas preciso y mas definido aún. Solo que, no siendo el orden sobrenatural, como el natural, accesible á nuestra observacion, ha sido menester que fuese revelado, traído y puesto al alcance de nuestro espíritu por una autoridad del mismo orden; y nuestro espíritu, nuestra alma, todas nuestras facultades necesitan para desarrollarse del socorro de esta autoridad que nos inicia en el conocimiento de ese orden sobrenatural, y á la que tambien debemos los adelantos que podemos hacer en la materia.

Cuéntase de un sabio ciego que habia llegado á comprender las costumbres de las abejas y á descubrir las leyes porque rigen estas su república, estudio que habia sido la ocupacion y el encanto de toda su vida. Pero añaden los cronistas, que si el ciego habia obtenido tales

resultados, que otros hombres perspicaces no alcanzaran antes que él, debíase á un auxiliar fiel que le acompañaba incesantemente, que observaba por el ciego, que le trasmitia lo averiguado en sus observaciones, que le revelaba y le atestiguaba los hechos de la conformacion de las abejas, de sus hábitos, sus relaciones; á la exactitud de lo cual acordaba el sábio una fé doblemente ciega, una sumision doblemente profunda; ya porque esta fé y esta sumision fuesen necesarias en su ceguera, ya porque las justificaba la inteligencia de su compañero. Sin tal auxilio, ¿que hubiera sido del sábio ciego, inteligente y todo como era, si se hubiera visto obligado á perseguir solo á las abejas; á cogerlas, á sorprenderlas en los misterios íntimos de sus ocupaciones, de sus instintos, de sus leyes, de sus costumbres, y á formarse una opinion, una ciencia sobre dichas abejas? Hubiérale acontecido lo que á los filósofos que van en busca de la verdad divina; hubiera perdido el espíritu. ¿Qué hubiera sido de él, si, no obstante la asistencia de su compañero, y despues de haber aprendido simplemente de él que hay abejas en el mundo, se le hubiera querido separar, coger por sí solo las abejas, no atenerse mas que á sus propios descubrimientos, contradecir los de su inteligente amigo, protestar contra la autoridad de sus advertencias, y darse el placer del libre exámen? Sucediérale lo que á los protestantes: habria perdido el conocimiento al perder la fé, y se extinguiría la actividad de su espíritu en las tinieblas de su ceguera natural. Tales son en efecto los filósofos y los protestantes con su libertad de pensar y de examinar. Son ciegos como nosotros; pero no tienen como nosotros el recurso de la autoridad de la revelacion y de la enseñanza de la Iglesia, para adquirir el conocimiento de los hechos del orden sobrenatural, y ejercer sobre estos hechos su inteligencia. Esa libertad de examinar y de pensar, que tan orgullosos los tiene, no pasa de ser una

libertad de abusar y engañarse, la cual, despues de haber paseado el desórden de su descarió por mil sistemas hondos é ilusorios, bajará á abismarse en el escepticismo.

¡Si á lo menos tuviesen ante sí el campo libre de la verdad, como lo tenían, por ejemplo, los filósofos antiguos, acaso lograrían asirla á tientas y al través de las tinieblas de la ignorancia natural! Pero no, carecen de campo libre; porque ellos mismos se lo han limitado, segregando de él la parte ocupada por la enseñanza de la revelacion ó de la Iglesia, por la sola razon de que, segun dicen ellos, la autoridad de esta enseñanza perjudica su libertad. Y como precisamente la verdad solo está en la revelacion y en la Iglesia, se sigue que no han reservado para sí del campo de la libertad mas que la parte en que la verdad no existe, y en que se une á la ceguedad natural del espíritu para conocerla, la certeza de no hallarla. Así es como, cuidándose mas de la libertad que de la verdad, se privan infaliblemente de esta para reservarse aquella, antes que tener que deber nada á la autoridad; sin advertir que siendo la verdad el fin de la libertad de pensar, y no pudiéndose alcanzar la verdad sobrenatural sin el socorro de la autoridad, hacen al quererse proporcionar mas libertad, lo que justamente es necesario hacer para perderla. ¡Tal es la admirable cadena que lo liga todo, así en el órden moral y espiritual como en el material y sensible! Tan falso es todo en el error, todo, hasta la significacion de su lenguaje, que empieza por seducirlo á él mismo y engañarlo! (1)

(1) El Protestantismo ha llegado casi á rechazar toda doctrina, no por creerla falsa, sí al considerarla como enseñanza de la Iglesia católica. Llegó la cosa al extremo de que los luteranos, protestando contra todo lo que procedía de Roma, rehusáran obstinadamente admitir los tan importantes cambios del calendario de Gregorio XIII. Los teólogos protestantes declararon que el Papa, como Antecristo,

La Iglesia, como autoridad que es, no limita, sino abre el campo de la verdad, es decir, el del ejercicio del pensamiento. Lo que se la reprocha como un obstáculo á la libertad de pensar, es precisamente lo que hace desaparecer el obstáculo; pues esa libertad no está en razon inversa, sino muy en razon directa de la autoridad de la enseñanza católica.

¿Qué cosa habrá mas justificada que esta asersion? Nuestra esperiencia nos ha hecho ver mil veces que la inteligencia se dirige indefectiblemente á la enseñanza católica, y le pide, sometiéndose, un alimento á su actividad; alimento que logra cada espíritu segun sus fuerzas y en razon de su grado de sumision. En esto no hay el menor peligro de faltar á la verdad, de estraviarse en lo desconocido ó perderse en el vacío; porque todo es lleno, verdadero, inagotablemente verdadero. Puede (y es gozo de espíritu inespresable) empeñarse con osadía en el desarrollo y la aplicacion de cualquier verdad católica, por mínima y vulgar que sea, considerándola como el pequeño grano de cenabe que pronto se convierte en árbol, como pequeños panes del Evangelio que se multiplican hasta lo infinito, y que despues de haber saciado la multitud de vuestros pensamientos, todavía con sus migajas os llenarán la cesta. Por donde quiera se estiende el campo, ábrense rutas luminosas á los ojos del espíritu, atraviesan estas la oscuridad, fulgurán, corresponden con relaciones lógicas, se justifican por las consecuencias mas infalibles, por las aplicacio-

neria, por medio de ese calendario, introducirse en las iglesias, y que por lo tanto era preciso, en conciencia, no admitir la reforma gregoriana. Persistieron en Alemania en este error hasta el año 1777; en Inglaterra hasta el de 1752, y en Suecia hasta el de 1753; no obstante que las bases erróneas del antiguo calendario Juliano habian dado una diferencia de 10 dias en 1582. Así era, decia el historiador protestante Menzel, como preferían engañarse en sus cálculos á aceptar cosa alguna del Papa.

nes mas soberanas, os llevan dilatándose al centro de que habeis partido y que se hace sensible, destruyendo la circunferencia. No temais que en esas esploraciones intelectuales de la fé católica, llegue á deteneros la decepcion, ó que el error las estravíe, ó que la duda las haga inciertas: no, no; porque en ese imperio mágico de la verdad, no ireis mucho tiempo en su busca sin verla que sale á vuestro encuentro, no solo sobre un punto, sino sobre mil. Os convida, os atrae, os enamora; se disputa vuestras preferencias, os satisface con sus larguezas, y os asombra casi tanto como os encanta con su infinidad. Os es forzoso darle gracias, y esclamar con Bossuet en el colmo de vuestras satisfacciones: "¡No puedo mas! ¡no puedo mas!"

Así es como en el círculo de la fé católica la autoridad aprovecha á la libertad.

2º He dicho en segundo lugar que en el campo de las opiniones, que se estiende mas allá de ese círculo, la libertad aprovecha á la autoridad.

Separándose de la inspiracion católica, cuanto se gane en libertad, redundando en disminucion, si ya no es en exclusion de la autoridad, y degenera pronto en licencia; pues todo se reduce á una diferencia de grado y á cuestion de tiempo. El gérmen de la licencia se halla en el principio de esta libertad, la cual toma siempre la actitud del derecho y de la insurreccion, y consiste en la desconfianza, en la resistencia, en la tendencia de prolongar la cadena del deber hácia la autoridad, por temor de que esta la recoja, y porque celosa como es y desconfiada, quiere en efecto recogerla. Esta miserable lucha de esclavo á dueño se prolonga mas ó menos, hasta que llega un dia de rompimiento y anarquía, al que se sigue forzosamente otro de arbitrariedad y de tiranía. Tal es la historia constante de los espíritus y de los sucesos cuando no se rigen por la inspiracion ca-

tólica; inspiracion constante hasta la monotonía, y tan necesaria, que puede decirse es la historia del porvenir lo mismo que la del pasado.

Muy de otro modo es en la esfera católica. Así como la autoridad aprovecha á la libertad, así la libertad aprovecha recíprocamente á la autoridad en el campo de las opiniones libres. La fuerza escéntrica de estas opiniones se halla contrabalanceada por la fuerza central de la fé. El amor á esta y el temor de infringirla, hace tener á la libertad mas bien detrás que delante del límite extremo que separa la opinion de la heterodoxia; y esta reserva libre, inspirada por solo el respeto y el amor á la fé es el mas grande homenaje de nuestra libertad á la autoridad, y aprovecha á esta en el círculo de su absoluto dominio. ¡Cuál no será en efecto la sumision á la autoridad, en materia de fé, de un espíritu que, aun en materia de opinion, no emplea toda la libertad de que puede hacer uso! Aun en el uso de la libertad le acompaña esta reserva, siente esta impresion de la autoridad, y por muy lejos que vaya, la atencion perpetua que le obliga á no herir la fé, es un homenaje constante á la autoridad en el ejercicio de la libertad, una sumision no muy próxima, tanto mas honrosa y provechosa á la autoridad, cuanto es mas libre y voluntaria.

Y no se diga que esta sumision oprime, ni disminuye la libertad, y que de parte de esta exige un sacrificio real á la autoridad. Nada menos que eso. Aprovechando la autoridad á la libertad, como ya lo hemos visto, dándole la materia primera, si así puede decirse, de la verdad que es el objeto de su ejercicio, de ahí se sigue que todo lo que la libertad presta en sumision á la autoridad, se lo recobra en alimento de sí misma.

Para comprender bien el juego de este maravilloso organismo, preciso es volver siempre á esto: que la liber-

tad no es mas que el desarrollo en la verdad y por la verdad, cuya autoridad es depositaria y dispensadora. El seno de la autoridad es como el de la madre para el niño: someterse á él es alimentarse, y alimentarse de él es sometersele.

3º. Fáltanos ahora ver cómo esa armoniosa relacion de la autoridad y de la libertad aprovecha á la caridad y como ésta le es provechosa.

La comparacion de la Iglesia con una madre, es aquí una realidad. La Iglesia, santa esposa de Jesucristo, es la madre espiritual de todos los cristianos. Opera en ellos sentimientos iguales á los que resultan de la union recíproca de varios hijos de una misma madre entre sí, y de todos con respecto á ella; en lo cual no hay ficcion, sino la realidad mas sensible é inteligible al mismo tiempo.

Siendo una la verdad, unifica á todos los que se la adhieren, y si es la verdad mas poderosa, la verdad primera y final, la infinita y eterna, la que no debe admitirse como no sea dominante sobre todos nuestros pensamientos y voluntades, entonces la union será en razon de ese poder y de esa soberanía. Haciendo cada cual el único fin de sí mismo, acabarán por hacerla el único fin de todos, y todos, por consiguiente, llegarán á ser únicos en este único fin.

Si la admitiesen sin igualdad en su importancia, su union con ella seria muy imperfecta; porque unos pondrian ante y sobre ella tal ó cual inclinacion ó afecto propio que no tendrían los otros, y esta diversidad de inclinacion ó afecto particulares sobresaldria debilitando por consiguiente la union producida por la verdad comun, á la que se daría un rango secundario. Esto es lo que sucede con la verdad matemática, que no es nuestro único fin, y que, no obstante ser comun entre

los matemáticos, solo consigue unirlos de una manera muy imperfecta.

Si admitiéndola igualmente como su único fin, la admitiese cada uno de diverso modo, acomodándola á su sentido propio, la union se convertiría en irrisoria. No otra cosa sucede con la verdad revelada por los protestantes. No porque esta no sea su único fin; sino porque cada protestante, sometiendo esta verdad á su libre examen, tiene precisamente que poner sobre ella, ó mas bien sustituirla, en lo que pudiera tener de comun, la concepcion que él se ha forjado, y cuya diferencia de la concepcion de los otros, afectando á la misma verdad, no solo debilita, sino disuelve enteramente lo que tendria esta de comun, sin dejarle la banal propiedad de union de la simple verdad matemática.

Los católicos por lo contrario, subordinando toda otra verdad á esa única y soberana, y tambien las concepciones particulares que pudieran hacerse á la única enseñanza de la Iglesia, se hallan reunidos real y absolutamente en su seno supremo por esta sumision comun.

Hay mas: esta sumision que ejerce en ellos la divina virtud de la humildad, los despoja de todo aquello en que difieren, y los reviste á proporcion de la verdad suprema que los une. Esta penetra en ellos, los transfigura y les da luz por su comun accion sobre ellos; de modo que, viendo y reconociendo la verdad recíprocamente en cada uno de ellos, se aman tanto como á la verdad, con ese amor que solo tiene un nombre en esta aplicacion diversa, la caridad, y se sienten unidos, no solo en la verdad su único fin, sino tambien por la verdad su única vida.

Tal es la union que produce la autoridad de la verdad católica entre todos los hijos de la Iglesia.

Esta acción se acrecienta y vivifica más aún por el ejercicio de la libertad tal como la hemos definido en su relación con la autoridad.

Sin la inspiración católica, la libertad, ó lo que se ha convenido en llamar por este nombre, no une realmente; sino divide, desgarrá. Coaliga contra la autoridad los apetitos privados; pero es con el objeto de que se devoren entre sí cuando la han derribado; porque el objeto de esos apetitos es impotente á satisfacerlos. La fraternidad y la igualdad, á las que tan irrisoriamente conceden tal libertad, no deben comprenderse sino por antífrasis, así como por *Euménides* (diosas de la dulzura) se entendía las tres Furias.

La libertad en el Catolicismo opera realmente la unión y la fraternidad de las almas, porque las desarrolla en el conocimiento y en la posesión de un bien que se aumenta con la partición, y que siempre queda uno al multiplicarse, ó más bien, que no se divide entre sus poseedores por la división, sino que los hace partícipes por su comunión.—Esta unión resulta sobre todo de la relación entre las diversas pruebas que hacen los católicos de este bien supremo.—Cuando cada espíritu, cada alma católica se desarrolla en la verdad, gracias á la autoridad que se la asegura, hace con ella, además de la garantía de esta, muchos decisivos experimentos, por el acuerdo de esta verdad con todas las facultades y poderes de su sér. Pero ¡cuán cierta no es la confirmación de estos experimentos personales, cuando al llegar á ponerse en relación con otro espíritu y otra alma católica, halla que los experimentos que este por su parte ha hecho son idénticos á los suyos! Esto se verifica, no solo una vez y por casualidad, sino siempre é infaliblemente entre todos los católicos; y es un acuerdo tanto más sorprendente cuanto que el objeto sobre que versa, la verdad sobrenatural; sea como concepción, sea

como afecto, es lo menos asequible al esfuerzo natural de nuestro entendimiento y de nuestro corazón; acuerdo tanto más maravilloso y decisivo cuanto que tiene lugar entre espíritus y caracteres muy extraños, desiguales y diversos unos de otros. No hay alegría que supere á la de las inteligencias y las almas católicas, cuando, sin ser jamás vistas ni oídas, partiendo algunas veces de los dos confines del universo, y viniendo á encontrarse, se abren las unas para las otras, adaptándose así en la verdad sobrenatural; y cuando mancomunando su actividad para comprenderla, se adelantan y se reúnen en las mismas cimas, se responden como los ecos de una misma voz, se comunican lo que recíprocamente iban á decirse, y no hacen más que reconocerse la una en la otra, y ambas en la verdad, como en un espejo encantado que multiplica su propia imagen. El sentimiento que experimentan es semejante al de dos extranjeros que oyendo en su conversación una palabra que les despierta un recuerdo, se interrogan, se explican, se reconocen ciudadanos de una misma patria, hijos de una misma madre, y se confirman más y más en este reconocimiento y en el sentimiento que les produce, trayendo á la memoria y diciéndose uno á otro las particularidades más domésticas, los rasgos más personales é íntimos de la ternura de su madre común, estrechando cada vez más la fraternidad, sintiéndose cada vez más y más hijos de aquella madre. Y este sentimiento es doble; porque su objeto no son solo los recuerdos, sino también el presente, por las correspondencias de cada uno con su madre común; y sobre todo existe en el porvenir, en la esperanza; pues el lugar del reconocimiento es camino para la tierra natal. Así es como se conocen y se aman los cristianos católicos desde el principio de las edades, y hasta la consumación de los siglos.

Pero lo que vivifica hasta el más alto grado esta unión,

lo que hace que toda comparacion, toda imágen se convierta en realidad, y en la realidad por excelencia, es que su objeto, la Verdad divina, no es una abstraccion pasiva, sino un objeto vivo y personal, la misma Vida, el Amor mismo, el Dios vivo y comunicativo, haciendo partícipes de su vida eterna á sus hijos, dándola ya como verdad, ya como caridad, por los dos pechos, si es dable decirlo, de la Iglesia; el pecho de la enseñanza y el del sacramento; el de la enseñanza que nos derrama la verdad, y el del sacramento que vierte la caridad; la enseñanza de la verdad que aclara nuestra fé en el sacramento de la caridad, y el sacramento de la caridad que inflama nuestra inteligencia en el estudio de la verdad: la una que es luz; el otro, que es calor; los dos que hacen la vida, la verdadera y soberana vida.

De ahí provienen las dos tendencias, los dos desarrollos de la actividad humana en el seno de la Iglesia, conocidos bajo los nombres de escolástico y místico: el escolástico, cuyo objeto es lo verdadero; el místico cuyo objeto es el bien; que corresponden así á las facultades porque el alma conoce y desea, comprende y ama, y cuyo acuerdo hace el tono perfecto del ser y de la vida. El escolástico, destinado á arreglar y mantener al místico en los términos de la verdad; y el místico, llamado á vivificar y realizar las percepciones del escolástico. Sin el místico, el escolástico degeneraria, y muchas veces ha degenerado en racionalismo; y sin el escolástico, el místico pasaria, y ya ha pasado al iluminismo. Pero la Iglesia, por medio de sus grandes doctores, ha ponderado siempre uno por otro estos dos desarrollos, sirviéndose de ellos para dar incremento, sin exceso, á todas las potencias del alma en la plenitud y la infinidad de la perfeccion. Hállase el uno particularmente traducido en la *Suma* de santo Tomás, y el otro en el libro de la *Imitacion*. La *Suma*

quedará como un monumento incomparable de la inteligencia humana angelizada, hácia el que se dirigirán todas las edades como hácia un faro de verdad. La *Imitacion* pasará de siglo en siglo, como un elixir de vida, reanimando á los desalentados, é inspirando todos los santos deseos.

Compréndase ahora la union, la caridad que debe producir entre los católicos ese juego recíproco de la autoridad y de la libertad en el seno de la Iglesia; puesto que son uno por la misma verdad que los ilumina y en la que piensan; uno por la misma caridad que los nutre y en la que aman; uno por la misma vida que los anima y en la que obran, no teniendo así mas que un solo pensamiento, un solo corazon, una sola alma y un solo soplo en un solo seno.

4.º—¿Necesitaré añadir ahora que la caridad, á la que aprovecha tan eminentemente la relacion recíproca de la autoridad y de la libertad, les aprovecha á su turno? Bástame decir que la autoridad vive en la sumision, y esta de amor, sobre todo cuando la pide la autoridad del mismo amor. Entonces no es mas que un amor que manda á un amor que obedece; es decir, lo que hay de mas dulce en la tierra y aun en el cielo. ¿No es tambien al mismo tiempo lo que hay de mas libre? *Ama et fac quod vis*, esta es la divisa de la libertad. Si el ser libre consiste en hacer lo que se quiere, ¿quién mas libre que el que puede hacer lo que quiere, bajo la sola condicion de rendir culto al amor, á ese amor que se quiere eminentemente á sí mismo?

Tal es el maravilloso organismo de la Iglesia.
